

sociedades de hombres, dejando solo al que se enferme hasta que él mismo encuentre el modo de curarse, estaríamos haciendo lo peor. Pero si, por una parte, podemos celebrar la hipocresía mencionada antes, porque en la práctica hacen lo contrario (¿acaso no son medios de intervención, en los países a los que tratan de ayudar, los planes de rehabilitación norteamericanos, siendo el objeto de éstos el evitar que escalen el mando de dichos países aquellos partidos (comunismo) con los cuales no simpatizan ellos? Y los bloqueos comerciales o económicos realizados contra los países que ya están gobernados por los hombres de dichos partidos, ¿no es también otra forma de intervención?) Si podemos, pues, celebrar aquella hipocresía, por otra parte nos causa profunda pena el ver en tales intervenciones los mismos vicios de extremismo de que adolecen aquellos partidos que quisieran proscribir o eliminar, dando por resultado que: o bien refuerzan al dictador con la política del Buen Vecino así llamada, llevando a la desesperación al pueblo oprimido, o bien se le bloquea y aísla con todo y pueblo, cometiéndose en ambos casos el crimen ya apuntado. En consecuencia, la tal política de Buena Vecindad no es sino para provecho a veces exclusivamente de los gobernantes (entiéndase de los gobernantes totalmente identificados con la política americana), y no para provecho de los gobernados, como debiera ser en ética y en derecho. Y lo que sorprende es que parece no darse cuenta EE. UU. que siguiendo esta ilógica conducta es como se relega cada vez más eso que viven deseando con la boca: la solidaridad de los Estados americanos, primero, y después de todos los del mundo.

“Quiere decir que también nosotros somos partidarios de las intervenciones en los otros países, porque hasta es imposible para el hombre dejar de ejercer influencia en el medio de sus vecinos, a más de que nadie puede asociarse con otro sin sacrificar en mayor o menor grado parte de su autodeterminación o soberanía en aras de esa misma sociedad. Pero tales intervenciones deberán responder a sus verdaderos fines de lograr el bienestar de todos, y no quedarse cortas. Deben corresponder en lo polí-

tico, a los socorros que en lo económico se suelen dar a los pueblos que han sufrido alguna calamidad pública o nacional. (Pero ¿acaso un dictador de éstos no es una calamidad nacional?) Y si un gobernante acepta esta clase de socorro en favor de su pueblo, él solo se obliga moralmente a aceptar también el socorro político mencionado antes, o sea el buen uso y manejo del derecho de asilo, en favor igualmente de su pueblo. De esta manera todos, incluso la sociedad de naciones, estarán ya en vías de cumplir con su cometido no sólo en la guerra y al invocarse la Carta de Bogotá, el tratado de Río, sino también en la paz, pues entendemos por sociedad de naciones, aquella que es capaz de garantizar en cualquier tiempo la paz y seguridad de todos los hogares de los países asociados, y no solamente la paz y seguridad de los capitolios.

Se quedó un momento en silencio, mientras yo continuaba escribiendo a toda prisa sus últimas palabras, y convencido también ahora de la razón que le asistía al condenar la política del B. V. auspiciada por mi patria.

Cuando alcé los ojos, lo sorprendí con la mirada vaga, concentrado no sé si en sus recuerdos o en sus ilustres proyectos. Los caballeros sentados en torno permanecían inmóviles, como si se hubiesen, al fin, convertido en estelas de piedra, o hubiesen acabado por quedarse dormidos. Pensé entonces en despedirme; pero en tal momento mis ojos cayeron sobre un mapa de la República que estaba extendido sobre uno de los escritorios, en el que se destacaba el territorio de Belice. Recordé al punto los viejos alegatos con Inglaterra, y lo inútil que habían sido hasta aquí los esfuerzos de los gobiernos chapines por obtener la devolución de aquel territorio; y le pregunté:

—Y de Belice, Excelencia, ¿nada tiene qué decir?

Alzó ambas manos al contestar:

—Y ¡tanto! Ellos los beliceños, son carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Su larga opresión y servidumbre es lo único que nos apena en nuestro actual regocijo, y la ya legendaria disputa con Gran Bretaña es la sola nubecilla que ensombrece nuestro pentagrama de armonía internacional. De aquéllos hemos recibido la felicitación más elocuente y alentadora con motivo de nues-

tra ascensión al poder, tanto, que nos sentimos obligados a tratar de reanudar cuanto antes con dicha potencia esa vieja disputa, para hacerle ver que los reclamantes de ahora ya no son los opresores de la raza, sino que son de la misma fibra de los que gimen en el territorio que detenta. Y creemos que nosotros la podremos convencer —agregó sonriendo enigmáticamente, aunque explicando en seguida—, dado que ahora podrá comprender que nuestros hermanos beliceños tienen ya mucho qué ganar en el cambio...

—Y para cumplirse además —dije— el viejo proverbio imperialista: “América for the americans”.

—¡No! —y su acento volvió a ser enfático—. No es por esa desprestigiada doctrina de: “América para los americanos”, con la cual se excusaría la conducta de los del Extremo Oriente y se igualaría nuestra cultura con la de ellos cuando dicen: “Asia para los asiáticos”. Pudo decirse así —y hacerse así— en la época de J. Monroe, pero no en nuestros días cuando la idea debiera ser: “Los americanos para América y América para el mundo todo”, como dijo Stephen S. Wise, ya que iguales derechos dió Dios a los hombres sobre la tierra. No reclamamos, pues, en nombre de tal doctrina, sino en nombre del orden y la justicia, a más de razones de humanidad: justicia para la historia, orden para fines económicos, y humanidad para esos beliceños que han sufrido y sufren tanto como sufrimos nosotros. Y observe usted que este problema ya no existiera si los pasados gobernantes hubieran insistido menos en la entrega de esa colonia y más en la educación universitaria de esos colonos, pues con aquella pretensión sólo lograban fomentar el amor propio de la metrópoli. Mucho más fácil habría sido conseguir de Inglaterra esa educación en nombre de los Derechos del Hombre, para ponerlos en el mero camino que conduce a la autodeterminación de los pueblos, capacitándolos a escoger entre ser guatemaltecos o constituirse en Estado independiente, pudiéndose, en todo caso, obtener de ellos una acogida inteligente en la cual fundar la mutua colaboración de que se careció siempre para el desenvolvimiento de nuestros departamentos norteos. Porque lo afrentoso no es que Gran

Bretaña u otra nación europea tengan colonias en nuestra América como las tienen en el Africa, sino que aún haya pueblos americanos capaces de ser colonos. En esto es que debió haberse insistido: en tratar de dárseles a tales hombres naturaleza de blancos, es decir, de civilizados, por medio de la educación, y solamente la apariencia de tales al pretenderse con exclusividad la expulsión de los colonizadores. Porque al lado del interés económico o patriótico en reganar la porción de territorio usurpada, se agregaba la vanidad cuando se decían: "Expulsadas las banderas extranjeras tendríamos en América una segunda Europa, o sea que nuestro continente aparecería como dueño de una civilización igual a la de aquélla". Como si el hábito hiciera al monje. Lo sarcástico es que, al paso que venimos, cuando pueda América realizar tal sueño, ya Europa se habrá igualado a la América de hoy... A esta misma vanidad se debía el que nunca fuesen tomados en cuenta o invitados ni como observadores, tanto a beliceños como a guayanos, a ninguna de las reuniones y congresos internacionales políticos o de economía y alimentación, o de higiene y de educación en general celebradas con alguna frecuencia por las más variadas entidades: desde cancilleres hasta el Rotarismo, en distintas partes del continente, como si por el hecho de ser intervenidos u oprimidos hubiesen dejado aquéllos de ser hermanos y hasta de ser americanos y perdido todo derecho a mejor vida. Vanidad que igualmente hacía que los reclamamos fuesen siempre de natural extremista: "O César, o nada", con lo que efectivamente nada conseguían. Pero nosotros confiamos en algo más que en los hombres para esperar mejor suerte.

—En verdad —comenté— que nunca antes fué más apropiado el momento para dar cima a tales anhelos, con lo que ustedes se harían acreedores al mejor monumento nacional erigido hasta ahora.

—Nunca hemos pensado en monumento alguno —respondió con su seriedad de costumbre—, ni tampoco nos abstendríamos de hacer tal cosa aunque existiese la amenaza de un castigo. Cumplir con nuestro deber es nuestra sola ambición.

Yo había vuelto a cometer una torpeza, y traté de excusarme diciendo:

—Perdone. Yo quería referirme a la ausencia que he creído notar de mármoles dedicados a los grandes indígenas, pues todos los que he visto son en honor a los mismos ladinos.

—Esa ausencia se explica porque, en primer lugar, nos despreciaban tanto que cosa como esa jamás les pasó por la mente; y aunque lo hubieran pensado, lo mismo habría sido, pues habrían temido ser contados entre los indígenas al hacer pública la admiración que en privado sentían por nuestros héroes, si más bien se trataba de hacer creer que ellos eran de raza distinta. En segundo y tercer lugar, héroes como Tecún Umán para ellos seguían vivos en tanto estuviésemos nosotros en mayoría, y los broncees sólo se erigen a los muertos, ¿no es así?, y considerando además que, estando vivos, podrían de un momento a otro empuñar de nuevo las armas y reiniciar la lucha por sus fueros. De ahí la ausencia de esos gloriosos recuerdos. Y si es cierto que el mejor monumento que pueda erigirse a alguien es hacernos dignos de él y ajustar nuestros pensamientos y obras a los suyos, no obstante daremos a cada uno lo justo también en el terreno del mármol, erigiéndoselo al heroico Tecún Umán, no ya como héroe, que así lo reduciríamos a nuestras propias fronteras, sino como símbolo de dignidad de la Raza; así como a Quetzalcoatl el místico, como símbolo de amor vivo. Paralelamente continuaremos la restauración de nuestras reliquias históricas que empresas extranjeras iniciaron auspiciadas por los gobiernos pasados a los cuales agradecemos el favor, pese a que sus esfuerzos obedecían sólo al aguijón de atraer el turismo del que ya hicimos referencia; restauración que no tendrá otro objeto ahora que el de la veneración filial, por ser recuerdos de nuestros antepasados y, por consiguiente, parte de nuestra tradición... ¿Ha conocido ya usted algunas de esas reliquias?

—me preguntó en seguida.

—No más que en el museo —le contesté—. Directamente sólo he conocido el bello parque de Kaminal Juyú, pues aún no he tenido oportunidad de salir de la ciudad.

El presidente volvió a quedarse con la mirada vaga, y yo le hice la última pregunta:

—No quisiera retirarme, Excelencia, sin preguntarle qué suerte les tocará a los contratos celebrados entre los "ex-ladinos" y las compañías extranjeras, y, en particular, la nuestra de William & Clark Limitada que hizo arreglos con su predecesor para instalar aquí una planta eléctrica de energía nuclear. ¿A qué debemos atenernos?

—Pues a la verdad que una máquina de esas nos sería muy útil, pero no sé nada todavía... ¿Cómo está eso, señor Mantanico?

El personaje preguntado, el que ocupaba el escritorio donde se leía:

MINISTRO DE GOBERNACION Y JUSTICIA, OBRAS PUBLICAS, COMUNICACIONES, etc.,

y que lejos de haberse dormido se hallaba bien despierto, doblando con suavidad su rabadilla, respondió seguidamente:

—Tanto ese contrato como todos los otros suscritos por el gobierno anterior están siendo políticamente revistos por una comisión especial, señor Presidente, la que dictaminará a su debido tiempo.

El otro se volvió a mí:

—Pues paciencia, señor. Y tenga la seguridad que si la comisión aprueba el suyo por encontrarlo a derechas, será inmediatamente ratificado por este Ejecutivo. Por lo demás, todas las compañías extranjeras deben confiar en la rectitud de nuestras obras y palabras, que en adelante hasta estas últimas tendrán obligado cumplimiento: "Pacta sunt servanda".

Y ágilmente se puso en pie. Yo le imité, si bien con movimiento mucho más lento debido al entumecimiento de todos mis músculos, los que en alguna parte que no quiero nombrar debían estar hasta echando humo; y me despedí diciendo:

—Le agradezco infinito su bondad, señor presidente, y reciba mis mejores votos porque su gobierno sea todo lo próspero y feliz que usted desee. ¡Buenas noches!

Tomándome apenas la punta de la mano entre sus rugosos dedos, me contestó:

—Le agradezco sus buenos deseos, y otra vez le expreso mi sentimiento por el mal rato que le hizo pasar esta guardia aún bizona, a la que le ruego absolver por haber sido todo fruto de su celo. A este propósito permítame que le aconseje que se ponga lienzos de agua tibia con sal en ese ojo. Y ¡buenas noches, señor Johnson!

Ye agradecí el consejo, aunque más gracias le hubiera dado si lo hubiese omitido, pues apenas me lo recordó empezó a dolerme de nuevo y a darme punzadas como si estuviera tratando de asomarse por entre los párpados que lo aprisionaban.

Los pintorescos Secretarios de Estado, puestos ya de pie, saludaron con una ingenua inclinación de todo el cuerpo hasta hacerse visibles sus espaldas. Dí después media vuelta, y, mirando al sesgo a esos terribles portaespadas y demás hierbas que ahora militarmente me saludaban cuadrándose a mi paso, bajé... por el ascensor.

Fué entonces que hice lo que había abstenido de hacer en toda la noche: consultar mi reloj; y al hacerlo vi que eran las 2 y 55, hallazgo el cual no me produjo ninguna sorpresa: algo así esperaba: el despertar de un nuevo día, de uno nuevo como éste: pletórico de esperanzas y promesas que antes apenas solíamos conocer en sueños, y que ahora los vivimos en esta dorada Guatemala, la de los hombrecitos-arco iris.

Apresuré el paso sobre las frías baldosas de aquellos largos corredores que se dijera desiertos, a no ser por los guardias que se pasean lentos y marciales envueltos en sus chamarras pesadas y negras; y a medida que descendía del terrado volví a percibir los ruidos y algazaras del pueblo en fiesta que ya lo había olvidado, los que se hacían cada vez más intensos, hasta finalmente serlo en toda su plenitud al alcanzar la calle en donde todo el mundo continuaba bailando como si el tiempo fuese de veras una palabra hueca y sin sentido, con sus mantas rojas echadas sobre el pecho para cubrirse desde el cuello a las rodillas, dejando las puntas sueltas atrás. Y sin detenerme, por lo menos voluntariamente, porque los cuerpos despier-

tos en la danza o dormidos en el suelo me obligaban como siempre a caminar despacio y haciendo múltiples rodeos, me abrí paso llegando por último al hotel a escribir pronto estas memorias, frescas como están, y, una vez concluidas, agregar algún comentario, porque éste sí es cierto que es un gran indio, quiero decir un gran indígena, que sabe lo que dice y lo que quiere. Si ha de gobernar tal cual habla (y razones no tengo para dudarle, más bien para creerlo así), tendremos un gobernante sabio y filósofo, el tipo de gobernante que Tomás Moro, el "hacedor" de Utopía, había soñado; la reproducción misma de "las Delicias del género humano". Y heme aquí despierto y contemplando el sueño consumado de Platón al escribir su República: una tierra gobernada por una aristocracia del espíritu, de acuerdo con las leyes de la Razón pura. Ahora deberemos aguardar el fallo del juez-mundo, fallo que ha de venir acompañado del grito de ¡Vivan los indígenas! que yo también quisiera repetir si no me detuviera el temor de despertar al gerente que supongo estará durmiendo.

Para ser franco, reconozco ahora que me dejé algunas preguntitas en el tintero cuyas respuestas habrían prevenido algunos enigmas que hoy me salen al paso, omisión debida no tanto a falta de listeza (y este ojo ¡cómo me duele!), cuanto por la pena de aquella silla tremendamente incómoda en la que poco faltó para consumirme. (¿Cómo no me llevé un cojín? Y ésta sí que fué la cosa más grande que me dejé en el tintero, a más de una máscara de beisbol...) Debí haberle preguntado si los abusos de su pueblo que él mismo cree que serán inevitables en el comienzo de su gobierno, serán al menos reparados, y, por consiguiente, si va a ser devuelto a su legítimo propietario el restaurante que vi "comprar" ayer. Asimismo, haberle preguntado qué interpretación jurídicosocial, como dicen los académicos, deberá darse a eso de recuperar de los ladinos sus propiedades según la propia conciencia del pueblo; y, finalmente, a quién quería aludir al expresar que hoy confiaba en algo más que en los hombres para obtener esa reincorporación de Belice. ¿Era que se estaba re-

firiendo a Dios? Pero entonces ¿qué le impidió decirlo así?... Ya veo que no nací para el periodismo, aunque, como dije, tal vez tanta dejadez encuentre su excusa en la turbiedad de mi vista y en las demás molestias derivadas tanto de la silla como de los porrazos tan en mala hora recibidos... Suerte que tales golpes (los enigmas sólo interesan a los historiadores) no han logrado robarme la euforia o, mejor, la felicidad que me concede esta nueva vida que se vive aquí. Infiero que para perder tal felicidad haría falta algo más que simples porrazos... Y es que nada de esto, como tampoco el despojo aquel que presencié, son capaces de quitar gloria a su gobierno, que el sol, pese a sus manchaes es siempre sol. Y Moisés ¿no tuvo también sus manchas que...? Pero ¿qué me digo? Si éste es cual otro Moisés: el Moisés chapín que guió a su pueblo a través del mar, que si no era el Rojo era el Negro: el Mar Negro de la ingratitud, de la incompreensión y de la crueldad, hasta llevarlo a la Tierra de Promisión de la que fluye leche y miel... ¡Quién fuera poeta para cantar tal Tierra y cantar este grandioso momento, madre de una Nueva Edad en la que, al lado del imperio de Ceres y Pomona, se sentará el de la Filosofía, como en la antigua China de Confucio; Solón al lado de Cincinato; el arado, por último, al lado de la pluma!... Y ¡quién iba a creer que al reanudar la exploración sobre los secretos de esta inextinguible Raza, no iba a ser ya en la reproducción de piedra de Kaminal Juyú, sino en el original mismo, en el de cuerpo y alma nacido de sus propias cenizas!...

¡Cuánto me felicito por haberme quedado a atestiguar la resurrección de estos pequeños grandes indígenas, sublime en todos sus aspectos, sintiéndome con más derecho que ninguno para considerarme como invitado de honor suyo. Ya podemos decir que el maravilloso imperio Maya, redondeados sus cantos, mondado y pulido de sus originales asperezas y rugosidades, ha renacido como el Ave Fénix o faisán dorado de la leyenda, a impulsos de la energía nuclear, y, por si fuese poco, trayendo a la vez el más grande de los tesoros humanos: la experiencia adquirida en carne propia. La letra aprendida con sangre.

¿Cómo dudar que serán buenos maestros? Forjados en el dolor y alimentados de privaciones, cual Espartaco, que después de haber triunfado de sus cadenas sabe lo que se siente al llevarlas, podrán mejor que muchos comprender al pobre y remediar sus males con la medicina apropiada y el mejor bálsamo del consuelo. Esperemos, pues, con fe una administración de pura democracia, en el esencial sentido del vocablo, en la cual tendrá su perfecta materialización su promesa de Igualdad, Justicia y Trabajo para todos.

Y helos aquí borrando viejos moldes y fórmulas para sentar nuevos, porque "ubi hominis sunt modi sunt" (no sé cómo he vuelto a acordarme del latín; pero ¿lo haré escrito bien? ¡Anfión tocó su flauta y edificó Guatemala, la feliz Arcadia o Maravilla del Universo! Helos, pues, comiendo sus bien ganadas manzanas, más caras que las de las Hespérides, porque éstas fueron en premio de una aventura, mientras que las de ellos han sido sembradas y regadas y hasta sazonadas con el esfuerzo y sudor de su cuerpo, y el calor de su propio sufrimiento. ¡Oh portento de Raza!...

Cantemos al indio, oro y sangre de América,
hechura de una raza maravilla del mundo:
Raza-Sol que fecunda las inmensas campiñas,
y dora y siega las mieses dialogando con Dios.

Cantemos al indio, pequeño inmortal,
menor que su milpa y mayor que la gloria.
En el pecho el amor al trabajo y la tierra
que bendice su esfuerzo, en el brazo el arado,
y en la frente el sudor que ennoblece la vida.

Cantemos al indio, hombrecitos gigantes
de una América libre. ¡Blasfemo quien diga
que hayan sido vencidos! ¡Eternos invictos!
Raza-Sol que fecunda continentes y mares,
oro y sangre de América, del océano y del mundo...

Pero el dolor de mi ojo arrecia. Mejor apagaré la luz
a ver si en la oscuridad se me pasa...

P. S. He tenido también que cerrar las ventanas y correr las cortinas, pues ya acabó de amanecer.

Hora: 14.30.

Después de haber dormido y almorzado tan bien, me siento como nuevo. ¡Lástima que no pueda decir lo mismo el señor gerente cuya preocupación y ansiedad van en aumento de modo inexplicable para mí. Al salir del comedor lo encontré tan embargado de pesadumbre que me conmovió, sintiéndome obligado a tratar de levantarle su alicaído espíritu por medio de alguna hábil conversación, a pesar de que tal cosa (servir de consolador) nunca he hecho antes. Pero su ingrata actitud hizo fracasar toda mi buena intención, que al parecer está decidido, cueste lo que cueste, a seguirlo viendo todo negro y horroroso, no obstante lo pintoresco de la población entera. Y así, apenas empecé diciéndole:

—Mire usted, ¡qué bella estación tenemos!

Me respondió sin detenerse:

—Sí, pero ganaron los indios.

¡Cómo haya perdido ya el juicio!... Aunque ahora pienso que fué mejor que no se hubiese detenido cuando le hablé, pues que entonces habría notado el morete que sustituye a mi pobre ojo, el cual, si es cierto que en lo subjetivo ya no me molesta, no ocurre así objetivamente, que su pardo colorido hará nacer en los demás malas ideas, pues nadie pensará que me lo saqué en la más heroica de las batallas, como lo fuera la manquedad de Cervantes, tanto más heroica cuanto que ella se ha de quedar en el silencio de lo desconocido, del anonimato y de lo inédito, en contraposición con la de Lepanto. Pero en cambio, si el otro no pudo ponerse más que una fea venda con la que ni siquiera logró evitar la maledicencia, yo, al menos, podré buscarme, y voy a buscarme, antiparras especialmente oscuras, más oscuras que el lunar de que se trata, y alejar de paso los molestos complejos que me amenazan.

Hora: 18.10.

Y en el mundo sin cesar navega por el piélago de danzas y de ruidos... Tal se puede decir de esta ciudad que no tiene más deseo ni otro objetivo que el de gozar plenamente y absorber hasta la última gota de todo el placer que pueda dar la vida con su voluntad o sin ella, bailando eternamente como es eterna su colorida primavera. Me figuro que debe ser terrible gobernar a tantos millones que bailan cada uno a su manera. Pero, a lo mejor, el gobernante es también marimbero, y ya sabrá tocarles un mismo son para todos...

Los anteojos los encontré antes de lo que pude creer, pues a la próxima esquina vi llegar a uno de aquellos que cargan como bestias, el cual primero se sentó en el borde de la acera haciendo en ella descansar la carga; después, levantando la cara, safó la cabeza del aro del mescal, y, por último, dándose vuelta, empezó a abrir cajas y tanates y a sacar de ellos una infinita variedad de artículos que fué extendiendo con mano diestra en el puro suelo, quedando expuestos a los ojos ávidos del público, desde las típicas telas quezaltecas y ricos mantillones de lana con dibujos dorados, hasta rosarios de pequeñas rapaduras de dulce envueltas en tusas teñidas de colores, pasando por jabones, peines, botones, agujas, garruchas de hilo, espejos, lociones, cintajos, fajones, aretes, chamarras, polvos, aceites para el cabello, ganchos, encajes, medias, cepillos, productos de alfarería, zapatos, cigarrillos, cancioneros y muchas cosas más, un poquito de cada una, en una mezcolanza de verdadera jarcia. Y si no se discute la utilidad de tales ventas, no es menos cierto que ellas, junto con las "polacas" y chingolingos (loterías y rifas de las ferias), contribuye a embarazar aún más el tránsito.

Huelga decir que en tales "bazares" la cortesía brilla por su ausencia, como asimismo brillaba en la mayoría de las tiendas de la sexta avenida; si bien en las de ahora —y váyase lo uno por lo otro— son frecuentes las escenas tan ingenuas como divertidas. Porque apenas ven al achimero

(buhonero) “abrir” su tienda, vienen y le hacen círculo, sobre todo las mujeres, para tocar y palpar y preguntar con curiosidad sui géneris:

—Y este perraje, ¿cuánto vale, usté?

—Y esta cinta, ¿a cómo, usté?

Alguna toma un peine, lo prueba peinando sus trenzas y lo vuelve a poner, o bien destapa un frasco de perfume, lo huele, pregunta también por el precio y lo pone otra vez. Todo es barato, según el vendedor, pero según los parroquianos la cosa cambia, sobre todo para los hombres, que son los que pagan y que por eso se quedan mirando de lejos; aunque algunos a veces, dominados por la curiosidad, se olvidaban de tal precaución y se acercaban también, debiendo entonces ser prontos de imaginación al brotar las temibles demandas:

—Este color me va. ¿Qué decís vos, Juan?

El color de ese corte le iba ciertamente, pero con las monedas de Juan no ocurría lo mismo, que: o no le habían llegado o ya se le habían ido. Y respondió en la forma en que seguro siempre lo había hecho:

—Para cosas buenas, la capital. Allá te compraré.

—¡Pero si aquí estamos en la capital!

—En la tienda, ¡vaya!, en la tienda...

Al compañero de la vecina, cogido también desprevenido, apenas pudo hacerse el sueco cuando ella pepenó de pronto un guipil y se lo arrimó al pecho, diciéndole:

—Este morado me cuadra, ¿verdá?

El, sencillamente, se quedó mirando a los “toritos” que por allí iban pasando, con lo que le hizo comprender que no debía insistir en eso, y ella, en efecto, no insistió; en tanto el comerciante, con su clásica paciencia, es todo ojos para cuidar su mercancía y nada se pierda, contestando a la vez a todas las preguntas y agregando al precio la conocida frase “chan con tan”, que quiere decir: “a toca teja”, en inglés: cash.

Y esta clase de ventas han improvisado casi en cada esquina, rodeadas todas de numeroso público que parece conformarse más con mirar, y que cuando se decidían a comprar algo eran cancioneros cuya música aprendían en una marimbita ad hoc, empezando con ello el calvario pa-

ra los oyentes, porque luego se ponían a cantar con tal entusiasmo, que le hacían a uno darse a la fuga con más prisa que el incidente que sufrí al final de este paseo y al cual debo mi temprano regreso al hotel. Lo del incidente fué así: Que una vez con mis anteojos, me sentí tan bien que seguí caminando hacia adelante, sorprendiendo en el camino escenas tan llenas de colorido y gracia como las citadas, aunque no eran menos aquellos que ofrecían las inditas de las que usan falda corta y que encontraba sentadas en las gradas superiores de los templos, las que miraban al público de abajo con las piernas separadas, indiferentes al que quiera levantar los ojos, como si conocieran nuestro proverbio: "The shorter the skirt the better". Pero ¿quién los levantaba?, si el baile obliga a todos a mirar al suelo, amén de que es muy seguro que ya todos estén acostumbrados a ver esas cosas.

Porque la casi totalidad de ellos prosiguen en sus ingenuas danzas, tal vez con la Igualdad, Justicia y Trabajo en algún rincón de la mente, pero en los demás —en cuerpo y alma— jubileo y sólo jubileo, al son de las no menos ingenuas marimbas de cuatro octavas, semejando las masas triguales en flor mecidos por el viento, entre el incesante estruendo de las bombas y el silbido de unos como cohetillos que aquí llaman canchinflines, a los que quitan la varilla para que corran a flor de tierra y entre los pies de la gente ("buscapiés"), con lo que tienen para reír y gritar más, máxime que la mayoría se ha descalzado ya y sin saberse ahora ni dónde dejaron los zapatos, pareciéndome a mí, entre paréntesis, más lógico verlos así, quizá porque así bailan con más gracia y naturalidad, pese a todo lo que el presidente pudiera decir en contra. Algunos hay que bailan tan raudos y a locas que simulan granos de sodio echados en el agua, y, como éste, levantando también olas, pero de protestas —protestas risueñas— entre las otras parejas tiradas a un lado. Se ven otros con el pañuelo aplicado a media cara en señal de dolor de muela, pero bailando siempre porque la otra punta está buena. Al lado de los hombres vi también muchas mujeres "bolas" que dan vueltas al ruedo bailando solas con sus chirizos a la espalda y dando traspiés, o bien, cuando

el niño es mayorcito, llevándolo de la mano para hacerlo bailar como ellas, hasta que al fin caen, insistiendo aún de espaldas en el suelo en seguir bailando, moviendo el cuerpo en contorsiones de reptil hasta que alguien llega a levantarlas. Las más ancianas, igualmente embriagadas, se quedaban sentadas llorando e intercalando en sus dialectos series de palabras monótonas y sostenidas melancólicamente, que sonaban como lúgubres letanías.

Pero también hay negras, ¡cómo no!, negras caribes llegadas de los litorales, sabe Dios cómo, calzadas con zapatos blancos porque es el único modo de poderse saber que van calzadas, y luciendo brazaletes y cadenillas de plata, y anillos de cobre en todos los dedos, y vestidas de indias con los cortes bien ajustados a sus bien contorneados cuerpos, los que hacen vibrar como cuerdas de violín en sus sensuales danzas con entusiasmo tal, que no se toman la molestia de hacer distinción entre el son de las marimbas y el tun tun de los tambores que acompañan a las procesiones religiosas, para bailar lo mismo.

Porque acá y acullá el desfile de los santos es continuo, no ya en una sola procesión, como al principio, que siempre es difícil guardar disciplina en situaciones como éstas, sino llevado cada uno por su lado y con su propio conjunto de adoradores que siempre resultan vastos. Y es de ver la enorme confusión que experimentan al encontrarse dos o más de ellas que van en direcciones opuestas, porque se entremezclan sus respectivos cortejos y cánticos al extremo de volverse una sola masa y un solo ruido, luchando por no dar ninguna el paso a la otra, más bien tratando cada una de pasar primero, hasta lograr por último destrabarse y seguir cada una su camino, pero dejando atrás pedazos de adornos, flores y candelas que se arrancaron mutuamente en la fricción.

A la entrada de las iglesias los párrocos de verdad —no los cofrades vestidos como tales— no se dan punto de reposo repitiendo el “Accipe sal sapiéntiae” a un sinnúmero de inditos de toda edad: desde recién nacidos hasta de cinco y más años traídos de los 32 rumbos de la Rosa Náutica, y hasta colándose entre ellos algunos negritos, y que son bautizados por tandas de doce a la vez,

todos los cuales tienen en el pecho sus nombre en una tarjeta y así el cura no pierda tiempo en preguntar qué nombre se le pone. Pero volvían loco los gritos de tantas criaturas que juntos y en coro lloraban en todos los tonos, unos por el contacto frío del agua o por el amargor de la sal, y los más por el contagio de aquéllos, a la vez que se mojaban, etc., todo lo cual quedaba en los trapos de la cobija, o mejor en las narices de los más próximos, no obstante el grato aroma de las resinas quemadas más adentro, para hacer de la iglesia una no envidiable sala cuna, y del cura un mártir aún menos envidiable.

Frente a dichas iglesias y hasta en su interior danzan los enmascarados con sus capas de espejo chispeando al sol y los pies metidos en sandalias de cuero crudo que rechinan a cada paso, reunidos en grupos para formar los distintos bailes. Uno es constituido por máscaras morenas, habiendo entre ellos el disfraz de una mujer a la que llaman Margarita, los cuales pasan el rato haciendo como que lazan y sortean a otro disfrazado de toro, y que termina al fin con la corneada y "muerte" del "viejito", al que meten entonces en un ataúd para llevárselo a enterrar. Estos son los que portan culebras vivas y sonoros chinchines, y su baile se llama de los mexicanos o vaqueros, el que fué introducido al país por los tlaxcaltecas que acompañaron a Alvarado. Pese a su semejanza, no debe confundirse éste con el otro llamado del "Torito", en el cual llevan hecho de madera a un cornúpeto de éstos, parecido al que se ve en los juegos de pólvora cargados de luces, el que es manejado por alguien desde dentro del mismo, y cuyos toreros no usan capa para sortearlo, sino que en su lugar portan una escopeta en la cual se apoyan como si fuese garrocha para saltar y escapar a las embestidas.

Otro grupo, los que usan platillos en vez de chinchines, es separado en dos mitades distintas que constituyen para la ocasión bandos antagonistas: en el primero, de máscaras morenas y armados de flechas, figuran el Rey Quiché Quicab Tanub y Tecún Umán con su triple corona, a más de las dos princesas con sus respectivos príncipes, y el par de brujos con sus muñequitos de trapo y los

frijoles con los que simulan hacer pruebas de hechicería; y en el otro bando, que es de máscaras rubias, figura el Capitán Alvarado con su tercio de españoles, todos vestidos con lujosos trajes de mariscales, y cuyas espadas de madera cruzan con las armas de los otros en danzas pantomímicas que representan los altercados sangrientos por la conquista de América, hasta finalizar con la muerte de Tecún Umán y el vasallaje de la raza.

Otro es formado de tigres, leones, saraguates o monos, chuchos, venados, etc., el que representa la lucha del hombre por el dominio de las selvas, y que deberá distinguirse del baile del Venado, el cual data de antes de la conquista, en el que el venado —un indito con máscara y capa de piel de dicho animal— embiste no con los cuernos, sino con los pies, al ritmo del tún y del tambor.

Y la lista de estos bailes simbólicos se continúa con el de los Ixtanes, el de San Miguelito o de los Brujos, el de los Doce Pares de Francia, del Tún, de la Culebra y hasta el de los Moros, representando éste la guerra de los castellanos contra los musulmanes, habiendo entre ellos guasones que, fingiéndose miopes, llevaban anteojos sobre las máscaras.

Y aún había otro baile que llaman de los Negritos (Ajec) en el cual no usan máscaras, y que danzan todos tocando un pito y un tambor a la vez, y gritando además: "¡Rabinal Achí! ¡Quiché Achí!", mientras simulan llevar a cabo las más variadas ficciones como la de vender ganado, etc., hasta concluir comiéndose asada una gallina entera, es decir, sin quitarle patas ni cabeza.

Ni qué decir tiene que en torno a cada baile el pueblo se acumula mirando con verdadero deleite y aplaudiendo como si nunca antes los hubiesen visto. Es que, si es cierto que aquellos bailes son los mismos, tan viejos como los siglos, no ocurre así con sus ojos, que ahora éstos les hacen mirar las cosas de otro color, de un color que nunca antes habían visto.

Pero no debe creerse que es todo felicidad y contento en esta gente, que también tienen, como el resto de los mortales, sus penas que llorar, como aquellos que pasaron con su muerto a enterrar, formando hombres y mujeres una

fila a cada lado del mismo y llevando, a más de lágrimas, coronas y flores; porque allí iban también las hijas llorando, sin importarles que, por su colorido de siempre, sus trajes siguieran riéndose; llorando desconsoladas y quejándose de esta guisa: “¡Ay!, papá, te juistes y me dejaste. Yo no lo creía verdá, y estaba esperando que volvieras. Pero nunca volvistes. Y les distes gusto a más de alguno, ¡ay, papá!, a más de alguno que se quedaría riendo, alegre, porque te juistes...” Las marimbas, al paso del cortejo, callaban respetuosas, en tanto los bailarines se pegaban a las paredes para darle lugar, persignándose religiosamente, y compadeciendo más al muerto que a sus deudos por haber escogido aquél la hora más feliz y menos indicada para morir...

Pero otra clase de muertos pasaban también: muertos que andaban por sus pies, y pálidos como fantasmas. Y van más que de prisa, huyendo a revienta cinchas, levantando a su paso el clamor de: “¡Abajo los ladinos!”, abatidos y turbados y en terrible confusión como si hubiesen visto al mismo Pan... Jamás me imaginé que fueran éstos tan nerviosos. Bien pudieran tener más calma para salir, ya que al fin su salida era inevitable, pues como dicen los chinos, “cuando el árbol cae, los monos se dispersan”; pero bien podrían dispersarse con más orden. Es seguro que, tal como van, ni siquiera pensarán en aquellos versos de Santillana:

“Que se hizo la moneda
que guardé para mis daños
tantos tiempos, tantos años,
plata, joyas, oro y seda,
y de todo no me queda
sino este cadahalso;
mundo malo, mundo falso,
no hay quien contigo pueda”.

Y, menos mal que conocen la geografía.

Opuestamente, el buen humor indígena va en crescendo. Ya no les basta con decir: “¡Los dioses se van!”, sino que agregan: “¡Cabal tu pisto!”...

En la esquina del restaurante "Ensueño", por el cual pasé a ver si sucedía el milagro de hallar a mi amigo (inútil decir que no estaba, y hasta tuve la impresión de que aquí no lo volvería a encontrar más), llevé una gran sorpresa. Una familia de aquellos que huyen pasó a mi lado, envueltos en sus abrigos, y ya sin aliento. El padre, precozmente envejecido, iba con los ojos apagados, la mirada errante y la mandíbula caída, llevado del brazo por su hija que se mordía el labio para ahogar la mayor parte de sus sollozos. Pálida como iba, era siempre bella. Los varones, bártulos a la espalda y la mirada dura, pasaron también sin reparar en mí. Me detuve a mirarlos, realmente impresionado, pues en esa hija creí reconocer a Elena. Mi primer impulso fué alcanzarla y despedirla; pero me contuve, pues seguro que con eso sólo habría conseguido apenarla más. Alguien del populacho levantó la cabeza, y al mirar el paso de la triste, el paso de esa doliente caravana cuyos sollozos apenas se oían en medio de aquella loca algarabía, rompió a cantar: "La cucaracha, la cucaracha..." Yo murmuré, sin quitar los ojos de la caravana: "God rest their souls!"...

Pero aquí no hay manera de conservar por mucho tiempo la tristeza, que ésta es la mismísima Fería de la Alegría... Y fué en la Plaza de Armas donde ví otra vez a la hermosa zagala de los pies descalzos, la mejor flor de esta tierra indígena a la cual deberían su inspiración los versos de Bonilla Ruano:

"Gregoria, Goyita: en estas mañanas
llenas de murmullos y de claridad,
¡qué tristeza siento cuando desapareces
por las blancas vueltas del camino real...!"

No bailaba, sino que estaba en aquel momento tratando de averiguar su futuro ante una jaula de canarios de plumas tan amarillas como su falda y que tomaban con su pico, previo el pago de unos cuantos centavos, no a los pajarillos sino a su dueño, los papelitos de colores en los que están escritas de antemano las "respuestas del Destino". Ella no me vió, ni cuando se echó a reír después de ha-

ber leído la respuesta que le tocó en suerte, guardándose al final el papelito bien doblado dentro del seno. ¿Cuál habría sido esa respuesta? ¿Le anunciaría el advenimiento de un príncipe para casarse con ella? ¿Se tratará de un príncipe rubio, o será moreno, de esos que acompañan al Rey Quiché? Sólo su "Destino", y ella ahora, sabrán quién es el que "beberá en sus labios el grito de victoria". Después siguió bailando, con sus manos prendidas de sus festones color canario y mirando al suelo.

Pero poco después y en esa misma plaza fué que ocurrió el suceso desagradable que quería contar, y el cual me hizo pensar por primera vez acerca de la inconveniencia de seguirme paseando tan confiado entre una multitud como ésta, ebria de todo.

Sucedió que vine a dar con un grupo de hombres de aquellos que usan calzoneras de lana sobre los pantalones rayados, los que, parados en plena calle, se habían puesto a cantar en coro a la vez que vaciaban una botella, pero arrugando la cara de modo divertido, no sabiéndose si tal cara hacían por el esfuerzo de cantar o por la misma aspereza del trago que insistían en beberse. Pero lo notable era su canción, si canción puede llamarse a aquellas voces de tan profunda melancolía que eran más bien como un grito modulado, o como un largo y trémulo sollozo. Y me detuve a escucharla.

Entre uno y otro hipo, abrazados unos con otros, su canción decía:

"Cuando tomo un trago
fumo un cigarrillo,
y el humo del cerillo
aumenta mi dolor.

En copas tomo el vino,
porque ese es mi destino;
pero las mismas copas
aumentan mi dolor.

.....

Y, por asociación de ideas, mientras los escuchaba, retrocedí casi dos semanas, viéndome de nuevo ante aquel indito triste como un sauce que en aquel día sorprendí de rodillas en la cuarta avenida sur, poniendo en algún lugar del cielo sus quejas contra los ladinos, y yendo por fin a dar con sus huesos a la cárcel. ¿Habría sido éste mismo que se me vino encima? ¡Quién sabe! Sólo sé que ahora los tiempos han cambiado, tanto, que poco faltó para ocupar yo el lugar de aquél, porque, al reparar en mí, uno de ellos se desprendió del grupo dando tumbos y con los ojos extraviados hasta venirse a parar a mi lado, y allí, levantando el puño me gritó altanero:

—¡Al diablo los feudelistas!

Intervinieron prontamente sus compañeros y le sujetaron de los brazos, a la vez que le decían: “¡No, hombre! ¡Prudenciáte, prudenciáte, prudenciáte!” Y después me dijeron:.

—No li haga caso, amigo ¿Sabe qué? Es qu'está bolo.

Una explicación, por lo demás, que poca falta hacía; pero ignoro qué hubiera sido sin la oportuna intervención de los otros (pues policías no se ven por ninguna parte), quienes al fin lograron llevárselo mientras en su lengua seguían tratando de convencerlo.

Comprendí que se había tratado de un exaltado que me tomó por ladino, un exaltado como hay tantos y en todas partes. El error fué mío al haberme dejado sugerir hasta el grado de creerme entre seres más divinos que humanos, siendo más verdad lo contrario; error que tal vez me hubiera costado el aguinaldo de otro morete, por la parte menos. Ciertamente que él no hacía más que cantar sus viejas canciones, como seguro las cantaba en tiempos idos. Mas al cantarlas hoy vino de pronto a recordar la intensa vida de la que apenas acaba de salir, vida reducida al Xibalbá de las fincas de otrora, al trabajo forzado, a la expoliación y a la miseria. Y, en vez de terminar llorando, impotente, como entonces, volvió al presente para escupirme su grito con el cual trató de echar para siempre en el olvido ese largo y negro pasado: “¡Aba-jo los feudelistas!”, y nada más.

Pero creo que no volveré a pasearme, porque esta experiencia me ha enseñado a "prudenciarme" yo mismo y a usar de precauciones siempre que me vea entre borrachos. Por de pronto, me abstendré de salir hasta que no haya amainado siquiera un poco la extravagante alegría de este venturoso pueblo. Tal vez de aquí a mañana...

Diciembre 26

Martes.

Hora: 10.00

Bueno. Creo que ya es suficiente con lo que he esperado dentro de este solitario hotel que más parece la abandonada concha de un gigantesco molusco. Las últimas horas las he pasado con sumo fastidio aquí encerrado, sin salir durante la noche de ayer, pero sin dejar de oír el estruendo de la alegría popular. Si estuviera rodeado del silencio de la selva, podría por lo menos dedicarme a pensar; pero sabiendo que allí a la puerta todo un pueblo se agita como bandera bajo el soplo enervante del viento de la felicidad, el aburrimiento se apodera de uno al verse forzado a no participar de esa inusitada alegría. Conste que el tiempo lo aproveché copiando algunas melodías de esas marimbas, lo cual, confieso, no he podido hacerlo bien, seguramente porque ni los mismos marimbistas se ponen de acuerdo, y las piezas que me han salido tienen tanto de copia como de invento, es decir, es tanto música de ellos como mía. ¿Qué le vamos a hacer? Pero hoy me declaro vencido en la lucha que he sostenido conmigo mismo para poner oídos sordos a esa entusiasta invitación que hacen marimbas y cohetes. Ellos ganaron, y, como buen deportista, me toca a mí hacerles saber honradamente el resultado. Saldré, pues, aunque sin olvidar ir con todas las precauciones posibles, dado que con las horas aumenta el número de ebrios en la población. Y si a pesar de tales precauciones me volviese a ocurrir lo de ayer, me resig-

naré a ocupar por un día entero el incómodo puesto del molusco en esta concha...

Hora: 20.00.

Heme aquí, huésped ahora de la posada que se llama Central. Que al fin llegó mi turno y amaneció el día más memorable de cuantos he vivido, para que se siga diciendo que tanto va el cántaro a la fuente que alguna vez se quiebra. Lo peor del caso es que al decir que amaneció mi día, no me refiero a un día de 24 horas, sino a uno cuya duración no se conoce, como lo es el sábado para el coche. ¡Qué lejos estaba de esperarlo! El menguante de la luna llegó cuando precisamente la creía en creciente, habiendo sonado también para mí la hora nona, o sea la de ingresar en el número de las muchas víctimas de estos indios que, por tener sólo miembros, solamente con ellos saben tratar a los blancos, masacrando todo lo que no es indio. Y he aquí la invasión de las cumbres por la multitud, horror que Taine tuvo la suerte de no ver. Y lo más doloroso es que esta experiencia, comprada a tan alto precio, de poco o nada me servirá en el futuro, porque a fe mía que no espero volverme a ver mientras viva en otro caso semejante, lo cual, por otra parte, difícilmente podría repetirse en la historia de los hombres.

Como dijo el indio aquel hablando de lo suyo, todo esto me parece una espantosa pesadilla. Y ¡yo que creía estar viviendo en un país ideal!... ¡Oh fatal ilusión, que me hacía ver el Paraíso en lo que no era sino el Pandemonium o ciudad de todos los diablos!... El suceso de ayer tenía, pues, el valor de una oportuna advertencia: la señal para buscarme las alas y volar, como lo fué también lo de la cantina de mi amigo, que entonces todavía era posible adquirir alas. Pero, como un niño me dejé coger en tan ruin ratonera. Y esta mañana ocurrió lo inconcebible, estallando tan de repente que más que ciclón del Trópico fué Ciclón de Titanes, destructor como Siva. Nunca me imaginé que el transporte que me había sobrevenido al principio hubiese sido para atrás, tan absolutamente para

atrás. Y el hombre ha vuelto al clan, ha retrocedido al primario de las cavernas y a la edad de piedra. Es el retorno al hombre de Canstaad y de Gumaldi, de Neanderthal y de Cromagnón, y de Piltdown, al hombre-mono de Swartkrans, de Taung y de Makapán. A los prehomínidos, y aún más atrás. Fué el triunfo de Calibán sobre Ariel, de Plutón sobre Minerva, de Luzbel sobre Miguel, de Siva sobre Grahma... Frigor de Satán desatado, dador del caos a los 22 departamentos, a los 314 municipios, a las mil y una aldeas que halló en su curso pavoroso. ¡Desgraciadas aldeas, municipios y provincias que no pudieron apartarse, quedando rojos como el fuego, y negros como el Averno... No era, pues, la vuelta de Ceres, sino la vuelta del Diluvio, mas sin el Noé salvador.

Pero fuerza es empezar por el principio, a ver si aún me acuerdo.

El día fué de sol y sombra, alternativamente, según las horas pasaban. Y, zigzagueando entre los sempiternos danzantes que en sus incansables movimientos me forzaban a bailar a mí también, así como entre los muestrarios de los achimeros, las ollas humeantes, y todo lo demás, fui ganando esquinas tras esquinas lentamente y con gran esfuerzo en aquellas calles llenas de basuras y toda clase de desperdicios, de aromas de copal y de otros de los que es mejor no hablar, y de ruidos de bombas y sonidos de marimbas y de lenguas y de gritos, no como una Babel, sino como una ciudad manicomio de la que huyen los que se creen cuerdos, cuando hube salido a las diez de esta mañana. Caminaba con gran cuidado, guardándome de mirar fijamente a nadie ni de aplicar codazos o empujones como antes, más bien deslizándome como sobre flores para evitar todo lo que pudiera dar enojo y engendrar reproches de parte de ellos. Que todo lo que quería era tomar mi parte de distracción tan buenamente como la tomaban ellos, ni más ni menos.

Haciendo también esos avanzaban los ladinos con sus caras descompuestas y sus maletas al hombro, y los más afortunados a caballo, decididos a alcanzar y cruzar las fronteras andando como Dios les ayudase, porque los vehículos se agotaron ya, y dando aquéllos el aspecto de

blancos achimeros que me hacían esperar verlos detenerse en una esquina para ponerse a vender el contenido de sus tanates: calcetines y camisetas usados, y joyas de oro y diamantes. ¡Qué lejos estaba de pensar que yo en seguida iba a andar lo mismo!... Pero ellos seguían adelante, huyendo como si hubiesen caído en cráter de volcán, "haciendo tres trancos en dos". Lo que no se agotan nunca son los gritos de: "¡Vivan los naturales!" y también: "¡Adiós, Proteos!", que la turba desenfrenada repetía al paso de aquellos. ¡Oh desdichados ladinos: ahora que comparto vuestro pesar comprendo lo que habéis sentido, pues la ignominia ha sido para todos: hombres y mujeres, ciudadanos y extranjeros, nacidos y por nacer. ¡Cuánta razón tenían mis amigos al aconsejarme que emigrara cuando aún era tiempo! Ahora estoy atado a las aspas del molino como Ixión a su inflamada rueda...

Caminaba hacia la sexta avenida, henchido de gozo, sin poderme imaginar que estaba a tan pocos pasos del fin, pues fué entonces que ocurrió la erupción misma del volcán, el estallido de los mismos Infiernos que hizo retemblar toda la tierra como cáscara de nuez, con rugido sordo y prolongado, en tanto que subía a las nubes, como labia de Barrabás, una oscura columna de polvo a cuya sombra los que emigraban apresuraban el paso dando alaridos o persignándose. Los indios que bailaban en la cercanía levantaron la cabeza, miraron el polvo y gritaron: "¡Vivan los naturales!", y siguieron bailando.

Yo corrí al punto de la explosión para ver de qué se trataba y, en caso extremo, dar el auxilio que estuviese en mi mano. Y al llegar, no sin esfuerzo, pude constatar que lo que había sido el lujoso edificio del club nocturno, era ahora un montón de piedras y vidrios rotos, y hierros retorcidos, en terremótica promiscuidad. ¿Un accidente? No, que al asentarse el polvo, despejarse el aire y hacerse la luz vi entrar en escena a un grupo de aquellos semejantes a fieros mineros, y clavar sus barras y pesados picos al pie de las pocas columnas que aún quedaban enhiestras, mientras una parte del populacho husmeaba como hienas recogiendo pedazos de bronce y trozos de azulejos, y los más, asintiendo con la cabeza, continuaban a escasa

distancia sus danzas ahora macabras, al son de la flauta de Pan. No eran, pues, platónicas sus amenazas de deruir las casas que sus propietarios se negasen a "venderles": eran crudas y despiadadamente reales, como sus vengativos odios.

Me quedé de piedra, con la sangre helada en mis venas, sin acabar de creer lo que veía. ¿Era esto revolución? ¿Era locura? Era venganza, cruenta y sádica venganza, que cuando se pierde el corazón se pierde todo, incluso la cabeza. Y este era su modo de plasmar con hechos las doradas palabras de Xixúm que aparentando sabia espiritualidad escondían debajo, como palimpsestos, la boca del lobo, la zarpa de la pantera, la salvaje explosión de la pólvora. In cauda venenum. ¿Cómo pudo caber tanta ira en pecho tan celestial? Ahora veía que la sublime fraternidad en que rebosaban sus palabras debía entenderse al revés, como expresión de la hermandad de Caín. Su sinceridad no había sido sino cinismo: la piel de oveja de inhumanos odios. Omnis homo mendax. ¡Oh falso prometiente, mentiroso profeta iluminado con luz de Resurrección! ¡Al diablo con él y con su luz que ésta es resurrección de Vampiros!... Posible es que en el Palacio haya Igualdad y Justicia, como lo hay entre los diablos en el infierno; pero aquí fuera no hay más que trabajo: el Trabajo de Siva. ¡Oh iluso y temerario de mí, que desprecié las alas para perder ahora hasta los pies!

Y en tal punto decidí renunciar de una vez a seguir presenciando tanta ruindad y salir ahora mismo del país, imitando la cuerda conducta de los ladinos, pues no había más: sola fuga remedium. Y eché a correr aventando indios a mi paso o pasándoles encima, para ir a hacer mis maletas y safarme en seguida.

Pude al fin llegar al hotel a tiempo que el gerente sabía del mismo, iracundo y arañándose hasta sangrar la mollera. Al verme, se vino a mi encuentro.

—¡Señor Johnson! —me dijo alarmado—: tendrá que buscarse otro hotel, si es que lo encuentra. Que estos bandidos —y señaló a los indios con el peor de los gestos— nos han robado el hotel con todo y su contenido a cambio de unos tantos Quetzales que hemos tenido que aceptar,

quedándose ellos hasta con la póliza del seguro, la cual no prevía esta clase de accidente, y...

Pero, altruismo aparte, a mí lo que me interesaba eran mis maletas, y por las cuales le pregunté, interrumpiéndole; a lo que contestó, volviendo sus uñas a la mollera:

—Allí deben estar, porque nadie las ha sacado, pero...

Presintiendo lo peor, me lancé a la carrera entrando hasta mi cuarto, en donde efectivamente las encontré como las había dejado. Pronto eché en ellas las cosas que pude recoger sin demorarme, pero dejando otras —mis pantuflas, algunos papeles que creo haber visto sobre la cama, y hasta mis anteojos que allí mismo se me cayeron— por la prisa que me afligía, saliendo luego con ellas apresuradamente. Pero antes de alcanzar la puerta de calle, un vil soldado, blandiendo su rifle, me detuvo, al paso que me gritaba:

—¡Mire usted! ¿Dónde va con eso?

—Es mi equipaje, señor —le contesté, deteniéndome, cuando ya había empezado a creermelo salvo, pues, al parecer, es costumbre de éstos dejar entrar al que quiera, pero sólo entrar. Y, como la otra vez, decidí salirme con la mía aunque me costase el regaño del otro ojo.

El replicó, blandiendo siempre su rifle:

—No, señor. No se saca nada de aquí.

—¿Por qué? Yo era huésped de este hotel, y éste es mi equipaje.

—¿Qué pasó vos?, —preguntó otro acercándose y dirigiéndose al soldado.

—Mi teniente, este hombre se quiere sacar esas valijas.

—Señor teniente, este soldado no quiere entender que yo era huésped de este hotel, el único huésped por cierto, y estas valijas son mi equipaje. Se lo puedo probar.

Y me dispuse a abrir las maletas, pero él me detuvo diciéndome:

—Sin orden del señor comandante, nadie saca nada de aquí.

—¿Y dónde es que está ese señor? ¿Podré verlo?

El otro, no sin previa vacilación, me condujo al lugar que hasta aquí había ocupado la cantina, y en donde hallamos al comandante —uno de calzón corto y rayado en rojo— el cual supervisaba el trabajo de varios soldados atareados en vaciar la estantería de las botellas de whisky y otras semejantes que allí habían quedado, las que eran más tiradas que puestas en unos sacos de yute.

Al vernos llegar detuvo su labor y nos interrogó con la mirada. Yo llegaba entre otro grupo de soldados que ignoro de dónde habían brotado, pero sin soltar mis maletas, dando de seguro el aspecto de un vulgar contrabandista cogido in fraganti. Pero en mi experiencia he conocido que todos los hombres son los mismos en el mundo. Désele a un mendigo un caballo y cabalgará hacia el infierno; désele una pulgada y se tomará, una vara; y si una vez uno se le somete debe estar preparado a sometérsele otra y otra vez. Por eso, cuando el teniente, juntando sus talones, dijo:

—Mi comandante: ahorita cogimos a este hombre que ya se llevaba esas valijas.

A lo cual el comandante arrugó el entrecejo. Yo dije:

—Señor: su gente está cometiendo un abuso de autoridad. No es cierto que haya tratado de salir a escondidas, como su teniente quiere dar a entender, sino que yo era huésped de este hotel antes que ustedes lo asaltaran, y éste es mi equipaje. Déjeme que se lo pruebe.

El me quedó viendo, y sentenció después:

—No se duda que las maletas eran de usted, pero nosotros hemos comprado, pues, la casa con todo y lo que contiene, y no hay por qué sus maletas sean la excepción, vaya.

Y ordenó a un soldado:

—Llévatelas para adentro.

—¡Un momento, señor comandante! —dije, dispuesto a defenderlas como gallina a su polluelos, no tanto por mis prendas de vestir y demás cosas que, aunque estimadas siempre, podían reponerse en cualquier tienda, sino porque había recordado que en una de dichas maletas —ignoraba precisamente en cuál de ellas—, guardaba los planos de la planta atómica que yo había venido a instalar

y cuya elaboración había costado a la Williams & Clark varios miles de dólares—. ¡Un momento, señor! Usted ya tiene bastante con la casa. Yo, en cambio, no tengo más que estas valijas que usted debe dejar en paz, o vamos a convenir en que una horda de forajidos es la que ha usurpado el poder de la República.

—¿Sabe usted lo que dice? —y la voz le temblaba cólerico—. ¿Querés camorra? Pues te la voy a dar con gusto, que ya tengo ganas de emparejarte los dos ojos, vaya. —Y prosiguió con igual énfasis—: ¿Quién dice que aquí hay forajidos? No hay ninguno. Sólo hombres buenos, que Dios en premio nos ha dado el mando, vaya. ¿Y vos te atrevés a decir eso? ¿Quién sos vos?

—Si usted me deja hablar, he de decirle que no estoy intentando pelear con ustedes, ni discutir si es a Dios o al diablo al que deben ustedes el poder, sino únicamente sacar estas maletas que son muy más. Sepa que soy estado-unidense, y...

—No me importa que seás lo que seás. Aquí mandamos nosotros, vaya, y no por el diablo, sino por Dios, por su voluntá divina, ¿oís? Pero te voy a dejar que te vayas para que se te quiten esos malos pensamientos que tenés, —y se dirigió al teniente:

—Dejálo que se vaya.

—¿Con las valijas? —preguntó todavía éste.

—Sí pues, que se las lleve también.

Y después de mirarme como diciéndome: “Ya ves cómo somos de buenos, vaya”, se volteó a reanudar su tarea.

Mas, temiendo que se fuera a arrepentir, corrí otra vez con mis maletas, las que ahora sentía más livianas, pasando por entre los soldados que me habían cercado, hasta alcanzar la puerta, seguido de cerca por el llamado teniente, que al final quiso mostrarse cortés deseándome buena suerte, como si ésta no habría de venirme necesariamente una vez yo hubiese dejado el país. Y fué así cómo perdí la concha, que hoy sí la ocupan verdaderos moluscos.

Y en tal punto empezó para mí la odisea más trágica que hombre alguno pudo sufrir. Convertido en crucifera-

rio: las maletas al hombro por no tener dónde dejarlas, acudí a la agencia más vecina de transportes aéreos a sacar mi pasaje. ¡Vana esperanza, que la oficina tenía aspecto de Purgatorio, llena como estaba de desesperados que aguardaban inútilmente el descenso de la Virgen del Socorro para escapar de las llamas.

Me abrí paso y llegué hasta la ventanilla, y dije al empleado:

—¡Por favor, déme un boleto! Deseo salir de este infierno cuanto antes.

—¿Para dónde, señor?

Y esto me sonó a las palabras de San Pablo: “¿Quo vadis, Dómine?” Yo contesté:

—¡A cualquier parte!

—¿Cuándo quiere salir?

—En este mismo instante.

—Siento decirle que en nuestros aviones no quedan asientos disponibles antes de veinte días. Si se quiere esperar...

—¿Esperar? ¡Imposible! Aunque tenga que ir de pie en el avión, pero ¡sáquenme de aquí!

—De veras que es lamentable, pero no podemos, señor. Ya perdimos uno por haberlo sobrecargado. No quedó ni un sobreviviente. Usted deberá esperar su turno.

—Preferible será morir así que vivir de esta manera. Embárquenme hoy mismo, y yo renuncio a todos los seguros de rigor.

—No es posible, señor. Lo siento.

Y no valieron ruegos, ni amenazas, ni sobornos: su decisión fué inquebrantable. Redobladas mis angustias, salí en busca de nuevas agencias. Pero, unas tras otras me fueron repitiendo todas lo mismo, como estribillo de una lección ben aprendida. Y ni modo de contar con los transportes marítimos, si es que había alguno, pues sin los terrestres no hay medio de llegar a los puertos, salvo yendo a pie como hacen muchos. Pero sólo la idea de caminar cientos de kilómetros con esta cruz a cuestas me hacía temblar con más miedo que todas las cargas de TNT (nitroglicerina) que pudiesen hacer estallar los indios, siquiera

mientras no estallasen a mis pies. En circunstancias menos caóticas me habría quedado el recurso de pedir a la Directiva de la Compañía que me mandase a recoger en avión expreso; pero en las actuales no había cómo avisarles, si el despacho de comunicaciones duerme o mejor vela la vigilia de todos los diablos, ya que hicieron del edificio una pista más de baile.

¿Qué más podía hacer que lamentarme? Mi buena estrella por primera vez me abandonaba en profundidades como éstas que, por ser musicadas, resultaban peores. ¿Era esto democracia? ¿Era Teocracia? Ni aún oclocracia, sino anarquía, en cuyas redes había quedado prisionero. ¡Oh míseros mortales que os complacéis en hacer la tierra más amarga y la vida más insegura! ¡Pobre humanidad, con más cerebro que corazón, y más estómago que cerebro! ¡Oh espurio gobierno, indios enemigos de la especie humana, que hicieron del país una guarida de lobos y de hienas!... ¡Desdichado de mí, que ni siquiera pude en ningún tiempo despertar mi sexto sentido, o sea el sentido que desarrollan los exploradores de las junglas, sean éstas amazónicas o de la Rodesia.

Al fin caí rendido y extenuado a la orilla de la mesa de un acogedor restaurante que por suerte encontré vacía, el cual todavía era propiedad de un ladino que resultó notablemente generoso. Yo venía sudando hasta por los codos, pese al frío que hacía, y muriéndome de hambre, pues eran ya las 17 y no había comido ni un bocado desde por la mañana, habiendo tenido que pasar el día zarceando en calles monstruosamente difíciles y con la carga de tres valijas que cada vez se me hacían más pesadas, amén de mi abrigo y de ésta mi desesperación, que ella sola dominaba en peso a todo lo demás.

Al pedir de comer, me sirvieron una comida que, aunque de conservas, era más bien un banquete, tanto, que a despecho de mi hambre, le protesté al señor dueño por temor de que la cuenta fuese crecida y me dejase pasado de pobre, dado que por estar cerrados los bancos no me es posible contar con más dinero del que llevo encima. Pero el propietario, que la desgracia lo hacía ser más

bueno, con inflexión que anunciaba mayor dolor, si cabe, que la mía, me dijo:

—No tenga pena. Aprovechese y coma cuanto quiera antes que estos salvajes me roben hasta mi casa.

Agradeciéndole, seguí su buen consejo, sin hacérmelo repetir, hasta sentirme satisfecho. El señor, entonces, después de atender con mal disimulado disgusto a algunos de los otros parroquianos que eran indios, se sentó a mi lado trayendo una buena botella de whisky y sendos vasos, los cuales llenó hasta el borde, y al ofrecerme el mío me dijo con su triste y resignado acento:

—Al fin tenemos ya al indio en el “guacamalón” (Palacio Nacinal). ¿Qué le parece? Y supongo que usted será mi último cliente blanco, pues es seguro que cuando llegue el próximo ya no seré el dueño de esto ni estaré más aquí, lo cual merece un trago, ¿verdad, amigo? ¡Por su salud, y porque no perdamos también la vida!

Y después continuó, mientras yo le escuchaba todo atento.

—Ya ahora usted sabe que la ruina no es sólo de nosotros los ladinos, sino de todos: nacionales y extranjeros, sin parar en pelo, color ni tamaño, exceptuándose ellos mismos, que son los que tienen la sartén por el mango. Y ¡sálvese el que pueda! Extraño que usted se haya dejado atrapar en tan vil ratonera. Yo hubiera querido no haber tenido anclas para haber volado en buena hora. Menos mal que pude poner a salvo a mi familia, milagrosamente. Yo tuve que quedarme para esperar el fin destinado a mi negocio, pues al abandonarlo lo perdía todo, en tanto que así podré al menos recibir a cambio lo que tengan a bien darme. ¡Ya ve hasta dónde hemos llegado!... ¡Salud, señor!

Y apuró otro vaso. Pero en bebiendo se le iba soltando la lengua, complaciéndose de poder hablar con un blanco por última vez dentro de su cantina, y hablar de sus pesares, hasta el extremo de olvidarse de sus demás quehaceres; y continuó:

—Estaba escrito que esto tenía que pasarnos. Hubo una señal en el cielo precursora de la deshonra que se nos venía encima, la que tal vez usted no vió, porque no to-

dos la vieron. Yo sí la vi. Le voy a contar cómo fué. En la mañana anterior al día en que dieron el golpe de Estado me había yo levantado muy temprano, con aquella zozobra que desde días antes teníamos todos, y vi desde la ventana de mi dormitorio, que queda en la planta alta de mi casa de habitación, al sol naciente que venía aureolado de una extraña trenza roja y blanca como una corona o, mejor, como una cadena de sangre. Me quedé mirándola, y sin poderlo evitar se me pusieron los pelos de punta. El perro de la casa, que es un dogo bien criado, se puso a aullar pavorosamente, y hasta las gallinas en el gallinero se echaron a revolotear. Comprendí lo que aquello quería decir. Significaba que los tártaros de Gengis Kan pasarían de la amenaza a los hechos, y en fecha que debía estar próxima, pues aquél era un signo absolutamente fehaciente y sin lugar a dudas. Y, sin perder ni un minuto, alisté a mi familia y la despedí ese mismo día. Lo demás usted lo sabe: 24 horas después gemíamos bajo la deshonra. Yo me quedé, a pesar de todo, pues, como le digo, no quise dejarle a los indios todo esto de regalo.

Se quedó un instante mirando su vaso, como si ésta fuese la última vez que bebía whisky, y después prosiguió:

—Ya ve usted por qué estoy tan seguro al decirle que hoy o mañana vendrán también por este restaurante. Además, tengo otra prueba: lo escrito en esta hoja. —De uno de sus bolsillos sacó un papel, explicándome—: Está escrito en cakchiquel, y es un fragmento de una lista de finqueros, contratistas de chicleros, dirigentes de sindicatos, fabricantes de aguardiente, y hasta algunas amas de casa y dueños de periódicos, y, en fin, de todos aquellos que prosperaron con el trabajo no remunerado de los indios, o que los trataron mal, ya en un sentido o en otro. Ellos, pues, en silencio habían venido anotando los nombres y direcciones de los que juzgaban enemigos suyos, al mismo tiempo que preparaban el golpe que hemos visto. Aquí puede usted ver mi nombre, y aquí la dirección de este restaurante. ¿Lo ve?

—Está bien claro —le dije, pensando en que no podía decir lo mismo de la otra señal que me había contado

antes—, y es grande la colección de nombres que ellos hicieron. Y tal lista, ¿cómo la obtuvo usted?

—Un mi amigo me la dejó al tiempo de escapar, poco después de haber perdido toda su hacienda, sin decirme cómo llegó a sus manos, porque ni tiempo tuvo. Pero ya ve usted cómo aquella señal premonitoria se ha cumplido y se seguirá cumpliendo mientras haya indios.

—¿Tenía usted empleados indios aquí?

—No. Aquí pude evitarlo; pero hasta hace poco fui dueño de finca, en donde todos los mozos son indios, la que vendí, o, mejor decir, la mal vendí al conocer el resultado de las últimas elecciones, creyendo con eso poder salvarme en el caso que ellos lograsen llegar al poder; y con una parte del producto de aquella venta vine de idiota a comprarme este negocio que sólo me ha servido para perderme más, pues ellos son implacables como los Hunos de Atila.

—Y el que le compró la finca la perdería en seguida, comenté yo.

—Ignoro. He perdido contacto con ese y con todos, aunque es seguro que la perdería, como ya perdí yo mi casa de que le hablé.

—¿Su casa de habitación?

—Sí. Fué hace dos días. ¡Son implacables! Y ya ve que mis temores de hoy son también fundados, aunque estoy seguro que usted no lo duda, como tampoco dudará —y se me acercó para decirme al oído de modo impresionante—: que pasan de diez los ladinos asesinados hasta ahora, según informes que tengo. Unos fueron matados a pedradas, otros a tiros o ahorcados, y unos cuantos destrozados con dinamita, en la peor de las matanzas. —Y alzó la voz para ofrecerme—: ¿Quiere más whisky? Puede llevarse las botellas que quiera. Más de alguna va a necesitar.

Su ofrecimiento me recordó aquel otro que hace ya tantos días me hizo el dueño de la sombrería de la sexta avenida, cuyo regalo —el sombrero de felpa que no quería que se lo pusieran los indios— rehusé entonces. Ahora el caso era distinto, y también la cosa, y con gusto me habría llevado unas tantas si no supiera que con ellas au-

mentaría el peso de mi cruz, limitándome a aceptarle sólo una. En cuanto a la matanza de marras, poca fe le daba, pues hallaba parecido su relato a los caprichosos cuentos de mi amigo Gutiérrez.

Volví del estante, adonde había ido por la botella que me había ofrecido, y, con gesto solemne, como si esa botella se hubiese convertido de pronto en la llave del Paraíso Perdido, me la puso en la mesa. Se lo agradecí de veras, máxime que no me quiso aceptar ninguna paga por la comida ni por nada. Eché aquélla en una de mis maletas y, por haber ya empezado a anochecer, me despedí de él, deseándonos mutuamente la menos mala de las suertes, que era todo lo más que podíamos esperar.

Ahora y ante todo, mi preocupación era encontrarme un hotel donde pasar la noche y no quedarme a la intemperie exponiendo todo lo que me quedaba. Pero no pretendía que éste fuese un hotel de verdad, aún en el supuesto de que pudiera hallarlo, sino algo sencillo y de poco bulto; modestia que obedecía no sólo a mi escasez de dinero, que también para evitarme otra vaina como la pasada.

Y nuevamente volví a verme caminando agobiado y con gran trabajo por entre el anárquico populacho, sufriendo empujones y demás por parte de los borrachos del camino, hasta que al fin y por verdadero milagro tuve la suerte de dar con una de mala muerte que es llamada Posada Central, que de serlo será por el céntrico lugar que ocupa y no porque fuese un centro de atracción ni mucho menos para la gente de bien, que, en tiempos normales, la que llegaría no sería ni siquiera gente, sólo que hoy era la excepción, y se veían marchar junto el león y el lobo con la oveja y la Caperucita encarnada, como en los días calamitosos del bosque. Mas su dueño pensaba o piensa de modo diametralmente opuesto, y por eso, más que pasearse, se pavonea arrogante sobre el congestionado corredor creyéndose amo del Walford Astoria. Pero con todo y la modesta apariencia que, como dije, tiene por fuera la pensión, y que hace creer en su invulnerabilidad, ya que seguramente no despertaría codicias ni de los indios, me he hecho, no obstante, la formal promesa de llevar siem-

pre conmigo el medio quintal de mis maletas a donde quiera que vaya, no sea que, a pesar de todo, en mi ausencia las vuelvan a "comprar" con todo y pensión. Y nadie va a temer que me vaya sin pagar, porque su dueño es uno muy cuidadoso que con anticipación se cobra la cuenta, y de tan buen corazón, que nunca se niega a recibir a cuantos a él acudan en busca de hospedaje, no importándole que el número de huéspedes ya haya sobrepasado al de las camas y pienso también que al de las tortillas, que también por eso se cobra adelantado. Pero su tarifa no ha resultado tan baja como podía esperarse de pensión tal, pues el amo, como buen desollador, se está aprovechando de las negras y confusas circunstancias que ahora vivimos para elevar aquéllas a la enésima potencia, o casi hasta el nivel de las tarifas de los hoteles genuinos, y sin el mínimo asomo de remordimiento. ¡Si se figurará que continúa en la alcahueta temporada de los VI juegos deportivos centroamericanos y del Caribe!...

Y aquí me quedé, mientras tanto, con la seguridad de que las demás pensiones no serán diferentes. Como ya venía comido, apenas, cancelado el recibo subí al honroso cuarto que me destinaron, poniéndome en seguida a escribir estas espantosas memorias, más dignas del olvido que de ser recordadas, lo cual me ha consumido más tiempo del que esperaba, no tanto por la extensión de ellas mismas, cuanto por lo incómodo que sale escribir en un cuarto originalmente diseñado para dos personas y avaramente ocupado por cinco...

Diciembre 27

Miércoles.

Hora: 13.00.

Eran casi las 12 cuando al fin desperté de mi largo sueño, para venir con tristeza a comprobar que lo de ayer no fué ninguna pesadilla, sino la más cruel de las realida-

des. No se puede dudar que aquí llegué a la hora de la cosecha, en el momento mismo de la siega de la paciente labor indígena —para una cosecha tal mal valía la pena de tanto sudor—, siendo segado del mismo modo que a los que ya estaban antes que yo— que aquí se cobran hasta del que no debe nada—, en una operación de escardadura de tipo inverso que les permite quedarse con lo malo. Suele decirse que más vale llegar a tiempo que ser convidado, pero confieso que a un symposium de éstos no habría venido ni por todo el oro del mundo. Porque no es una ofrenda de leche, como se ofrendaba a las divinidades panhelénicas, la de éstos, sino de sangre en holocausto a sus monstruosos dioses. Si el labrador europeo de tiempos pasados creía fertilizar la tierra de labranza al aplicarle el arado por primera vez mediante ofrendas de leche y miel, aquí están intentando lo mismo mediante ofrendas de sangre y lágrimas, pero ¡sangre humana!... ¡Qué verdad es que cuando se pierde el corazón se pierde todo, todo!

Despierto, pues, lo primero que hice fué pellizcarme por ver si aún estaba vivo y no se hubiesen servido ya de mi sangre para sus ruines ofrendas; y no sin desaliento, porque morir de una vez es mil veces preferible, descubrí que, pese a todo, seguía materialmente vivo, lo cual indicaba que la misión que traje a este mundo aún está inconclusa, y debo seguir viviendo hasta rematarla, aunque en este pandemonium me parece que de tener alguna no será otra que la de irme de aquí cuanto antes.

Comprobado, pues, el estado físico de mi persona: vivo y despierto, vine a investigar el de mis propiedades muebles, encontrándolas en normales condiciones, siquiera en cuanto a la forma, que no en el fondo, pues la botella de whisky —llave actual de la felicidad— me había sido sustraída por alguno de mis cuatro compañeros de cuarto que muy temprano de hoy izaron sus velas y prosiguieron el camino de su éxodo, habiendo dado muestras de buen gusto y notable olfato. Yo dormía como un tronco, a causa de mi excesiva fatiga de ayer, tan profundamente que no todos los diablos sueltos —y éste es el caso actual— me habrían despertado. De suerte que

al llevarse aquéllos sólo la botella, pudiendo haberse llevado todas las maletas, se portaron como gente honrada.

Y ¡pensar que aún debo seguir esperando otros 19 días, iguales si no peores que éste, para lograr volver al mundo civilizado, al mundo bendecido de Dios!... ¡Qué lejos me veo de ese mundo, como si estuviese a más millas que del sol! ¡Desdichado de mí! ¿Qué pecados son los que estoy purgando aquí? ¿Qué necesidad tenía yo de haberme quedado para ver la llegada de un gobierno apocalíptico, sin orden, humanidad ni ley? ¿Qué fuerza extraña cerró mis oídos y embotó mis sentidos hasta haber desoído todo buen consejo? ¡Oh malhadado Azar, que hoy me tiene sin remedio en poder de los bárbaros, en las garras mismas de los comedores de hombres y de otras muchas cosas!...

Lo más grave es que nunca llueve sin diluviar, es decir, un mal nunca viene solo, sino, como lobos, en manadas. Y pues como es arriba es abajo, en esta posada el gobierno es igualmente apocalíptico, que no hace falta vestir como indio para ser antropófago. Y he aquí que, como ya era medio día, me vestí y bajé al comedor a pedir mi almuerzo, llevado además por mi excelente apetito, pero...

Todas las cosas han de tener siempre algún pero, como por ley desconocida e inevitable y como para hacernos recordar eternamente lo imperfecto del hombre, y este lunch estaba lejos de ser la excepción. Reconozco que hay cosas en la vida que por discreción o buen gusto debemos callar y hasta disimular, como cuando sorprendemos a otro más fuerte que nosotros besando a nuestra novia, o cuando, en la mesa, naturalmente, recibimos entre las viandas algún pelo que resulta siempre negro por más platinado que sea. Pero sí es imposible disimular, y peor callar, cuando tenemos el disgusto de pagar caro, sentarnos a la mesa hambrientos y encontrar por todo menú: dos tajaditas de papel, digo, de carne, tan delgadas como para observar posiciones enemigas; un huevo duro y frío como bala de obús, un puñado de arroz cual municiones, y unas tantas tortillas de maíz amarillas y tiesas como para levantar con ellas barricadas antitanques. Olvidaba men-

cionar el caldo, que no era sino agua pura y caliente, cual si fuese el agua en que habían cocinado el arroz. Lo único comestible eran dos mitades de una sardina en lata, como para reventar comiendo. Y para que dijese que había de todo, aparecía en el fondo de una taza honda, angosta y de bordes gruesos, brillando luz negra (al fin todo se ha puesto negro), una microscópica manchita de café como lágrima de ojos sucios. Y si a esto se agregaba la falta de calefacción en el cuarto, la apretura de camas y la fúnebre tristeza del ambiente, en el que la aglomeración de gente parecía obedecer al cumplimiento de un deber: el deber de acompañar a los deudos del muerto en la ruta al cementerio, o más bien de los muertos, porque había la sensación de ser más de uno, o, mejor, más de una veintena los muertos de esta casa, entre los que habrá que exceptuar, desde luego, al propietario, amo y casero, que se siente y se ve más vivo que ninguno, como si para él no hubiese ni la más débil probabilidad de morir en ningún año. Y esto probaba cómo había sido de fantástico lo de la matanza de ladinos que me contara el buen señor de ayer, pues de ser cierto siquiera en parte, este pensionero, que evidentemente es ladino, estaría más interesado en escapar que en hacer dinero; todo lo cual aguijoneó mi inicial propósito de no callar, y no callé, ¡ya lo creo!, ante ese raquítico y miserable almuerzo, cuando a los sentenciados a muerte se les sirve al final, como “último gusto”, la mejor de las comidas, con todo y que es de regalo, —porque nunca fué grato a nadie morir hambriento—, tanto más que yo estaba pagando una exorbitante tarifa. En conclusión, mandé a llamar al munificent propietario (ya dije que estos hotelzuelos nunca tienen gerentes, ni regentes, ni siquiera gentes, sino que sus dueños, frecuentemente con cuerpos de damajuanas y de conciencia más ancha aún, directamente los atienden para evitar filtraciones ni las más microscópicas, de donde los fallos que allí se dan, o mejor se reciben, tienen siempre carácter de inapelables, sobre todo cuando hemos pagado adelantado. Menos mal que éste era hombre y no mujer, las que, obesas o secas —porque también hay secas— resultan más duras e inconscientes si cabe que los susodi-

chos gamonales, con el terrible agravante que, por razones de su sexo, debemos violentarnos nosotros mismos para seguir a pesar de todo deparándole consideraciones y hasta acoger con sonrisa su villana explotación de que somos objeto, todo lo cual quita a uno hasta las ganas de comer, que no otra cosa es lo que desean tan simpáticas damas. Pero aquí, siendo varón el pensionero, había siquiera el consuelo de poder hablarle con menos miramiento y delicadeza), el cual acudió con más cortesía de la deseable, preguntándome con sonrisa más bien cínica, como si supiese de previo la razón de la llamada:

—¿Qué manda el caballero?

—Deseo preguntarle, señor —le dije, señalándole mi plato—, si es por esto por lo que debo pagar diez dólares diarios.

—No, caballero —repuso, sin abandonar su sonrisa—: por tres comidas como ésta y la cama, con derecho a los servicios sanitarios y recibir cartas, amigas y...

—...y la muerte por consunción.

—¡Ah, mi señor!, nadie se muere en la víspera.

Y agregé:

—Estos son tiempos heroicos, usted, y a mal tiempo buena cara—. Miró en torno por ver si alguno de aquellos lo escuchaba, y prosiguió—: Mire que antes los indios no sabían comer carne: eran exclusivamente hervívoros, como las vacas. Pero, como le dije, los tiempos han cambiado, y ahora los muy respetables la consumen por arrobas y casi exclusivamente, como chuchos, y negándose a traer verduras como antes por preferir bailar que “cuidar la milpa”. Pero usted y yo debemos consolarnos, que “más vale un toma que dos te daré”.

—No dudo que ese consuelo será más para usted que para mí. Pero habiéndome usted dicho que tengo derecho a tres comidas como ésta, le pido que me adjunte la de esta mañana, aunque no fuese completa, ya que hasta la vez no me he desayunado.

—Comprendo, mi distinguido amigo, y le aseguro que si ésta fuese la hora del desayuno se lo mandaría a poner con todo gusto, pues estoy para servirle. Pero la hora de éste ya pasó, y no por mi culpa. Sólo me resta rogarle

que no vaya a pensar que sólo usted come así: aquí todos nuestros distinguidos huéspedes comen lo mismo.

—Es posible, y los compadezco a todos, pero yo más pierdo conmigo mismo.

—¡Ah, mi señor! Veo que usted es de los que dicen: “Mal ajeno de pelo cuelga”, olvidándose que “mal de muchos consuelo de...” ¡Provecho, mi buen amigo!

Y campante como se vino se fué, satisfecho de sí mismo, de su oratoria y de todo, pero dejándose inalterable el menú. Y si es verdad que no tuve entonces el heroísmo en el sentido que él le dió, lo tuve en cambio por otro lado, que fué también heroicidad, el haberme levantado sin tocar pródigas viandas, pero deseando dentro de mí la venida de los indios a emparejar también esto, y resolviéndome, por último, a ir otra vez a comer en aquel generoso restaurante de la Octava avenida en donde ayer comí tan bien. ¿Lo encontraré todavía?...

Hora: 20.00.

Menos mal que al fin los días van pasando. Mas, ¡qué lentos que pasan!... ¡Cuánto diéramos a veces por poder dar alas al tiempo, cuando el nuevo amanecer significa el término de nuestra agonía, ora porque nos den la muerte, ora porque nos den la libertad. Ahora me hago cargo de la enorme pena de los condenados a muerte, después que se les ha leído la sentencia. ¿Con qué objeto se la leerán? ¿Para qué hacerle saber cuántas horas le quedan de vida? La espera de ese plazo es mucho más duro que la muerte misma. Llegase hasta sudar sudor de sangre. ¿Qué objeto hay en aumentarle así la pena al condenado? Ya que lo condenaron a tal pena, debía de matársele sin que él se diera cuenta, cuando menos creyese que el plazo se había llegado. Y así el castigo sería justamente la muerte, y nada más. Quizá por eso Dios a nadie le da la cuenta de sus días, porque sería para que se muriesen en la víspera. ¡Oh sabiduría divina!... Sin embargo, y como nadie me ha leído a mí tampoco esa sentencia, sigo confiando en un buen fin, o en que al fin seré libre, siempre que tenga su-

ficiente vida, desde luego, para llegar hasta ese fin. Porque esto es lo que tratan estos indios de evitar: que uno viva ni tres días. De manera que si no le señalan a uno plazo para morir, tratan, en cambio, de acortarle todos los plazos, o de hacerle sentir que se los acortan, induciéndole a creer a cada paso que el paso de hoy es el último... Pero nada otra cosa puede esperarse de la supremacía de la escoria. ¿Cuándo la higuera dió peras? La fermentación hizo subir el poso, y lo de más abajo aún, y benditos de Dios los que lograron salvarse. Porque lo de aquí es como una cuchilla gigantesca, guadaña de colosales dimensiones, que va rasando todo a raíz, lo que encuentra a su paso y lo que no encuentra también, hasta decapitando a los mismos decapitados. Y uno quisiera creer que todo esto es falsa impresión de los sentidos, fantasmas del cerebro enfermo, o de un estado mental ilusorio como debido a algún brebaje de hechiceros que hubiese ingerido y que tuviese la virtud de hacerle ver ruinas donde deben haber palacios y jardines, y hasta de hacerle sentirse el cuerpo mermado de peso, de volumen y de fuerzas cuando debemos estar robustos y atléticos. Pero he aquí que al pellizcarme la impresión no cambia, así esté comido o en ayuno, sediento o bebido, siendo todo dolorosa verdad, vigilia espantosa, realidad enloquecedora...

Iba por la calle con mi carga al hombro y con la sensación de no ser más que un miserable gusano. Enojado con el de la posada, con sus viandas y con todo lo suyo, abandoné el comedor, después el cuarto y por último la pensión, caminando en pos de aquel restaurante que atraía a mi estómago como el polo a la aguja imanada.

La chusma, ciega ante la muerte que siembra en derredor, sigue en sus fatídicas danzas, en loca y chapina efervescencia, lo que tal vez sea mejor, que entre más dance más pronto se han de consumir y más luego serán inocuas cenizas... ¡Oh salvaje sacrificio!, ¿de qué modo podrá ser propiciatorio? Pero han nacido esclavos, y nunca un esclavo fué responsable de nada. Y de esto parecen darse cuenta, que los más procuran cubrir su vergüenza con máscaras de Minotauros y de Sátiros, de Cíclopes y Centauros, de Cancerberos y de todos los Faunos, sin de-

jar de ser Dinosaurios y Gliptodontes reducidos a hilachas por Procustes totalitarios. Y entre ellos y sus danzantes Bacantes fui, ¡oh valor!, avanzando despacio y penosamente, como mejor podía, escuchando con igual dolor los gritos de mi estómago y el glú glú de mis intestinos vacíos. ¿Cuándo podré llegar? ¿Llegaré al fin?.. Y mi exasperación aumentaba al ver por doquiera canastas y ollas de alimentos cocinados que vendían con todo y las moscas que llegaron primero y que los hacían cambiar hasta de color. Sin embargo, más adelante encontré en el hueco de una puerta, cerrada como todas, a una vieja exhibiendo en su canasta buñuelos, batido y plátanos maduros recién asados, aún calientitos y cubiertos con un cedazo. Tenían éstos tan buen aspecto que, sin poderlo evitar, me detuve a preguntarle:

—¿A cómo vende usted sus plátanos?

—A dos por cinco, niño.

Su respuesta de campechana casi me hirió, porque aquí ya no se puede estar para broma; pero al reflexionar vi que ella tenía razón en decir así: yo debía de ser un niño al haberme dejado agarrar por ellos. Pero una cosa aún no comprendía, y era eso de “dos por cinco”, y le pregunté:

—¿Dos por cinco qué?

—Dos plátanos por cinco len, —respondió.

—¿“Len”? —yo seguía sin entender.

Una vecina intervino:

—Cinco centavos, señor.

—Pues véndame dos.

—Esperáte tantito, que ya te los despacho.

De una hoja rasgó un pedazo, a modo de papel, y se dispuso a empacarlos. Pero antes, llevado por mi nuevo sentimiento de desconfianza que antes desconocía, inquirí:

—Y ¿están limpios esos plátanos?

—¡Adiós, niño! Tan bien lavados. ¡Mirá!

Y pasó su mano oscura de mugre por todo lo largo del aromado plátano, quitándome al momento las ganas de comerlo.

—Ya no los quiero —le dije—. Guárdese los...

En tal momento alguien tiró un cohete que estalló casi dentro de esa canasta, haciendo exclamar a la dueña que vertió por ahí su refrenado enojo:

—¡Ah, "ixto" baboso, ya me las vas a pagar toditas juntas!...

Y echando una última mirada al platanito de cara tan sabrosa, me alejé con mi peso en los hombros y mi hambre en las entrañas.

Y seguí a través de la turbulenta y estrepitosa orgía ansiando hallar, como ansiaban los ladinos, algún agujero donde meterme. Y éstos siguen huyendo en confusión, como olas de mar, y rezando el Kirie Eleison por todo el camino, mientras estallan a su paso, cual bombas incendiarias, los gritos incansables de: "¡Abajo los ladinos y feudalistas!", gritos que bien podían economizarse, si era visible lo mucho que ellos habían bajado: ya ninguno iba con "pesados pasos de tigre", sino con aligeros pasos de liebre.

Al fin llegué al restaurante, y apenas llegado me di cuenta de dos cosas: primero, que ésta mi idea de no soltar mis maletas no era exclusiva mía: debajo de las mesas donde comían algunos ladinos había montones de ellas. Seguramente que ya habían comprado la misma experiencia que yo, porque esta escuela no es solamente para mí, sino para todos; no es individual, sino colectiva y además funcional. Pero el restaurante, ¡cómo no!, ya había pasado a nuevas manos, y ésta era la otra cosa de que me dí cuenta. Un indio calzón corto y, como todos ellos, también corto de buenos modales, era el nuevo dueño.

Me senté en la primera mesa que ví limpia de comensales, ya que no de migas y de otras cosas que habían deramado en ella los que me habían precedido, y pedí de comer confiando también en dos cosas. La una era que, por mucho que se esmerara este indio, nunca podría servirme tan mal como en aquella posada; y la segunda era que, dado el buen número de gente que allí había, sus precios debían ser, si no baratos, tampoco excesivos. Pero en lo primero estaba absolutamente equivocado, sin poder decir si este indio era el ladino o aquel ladino era el indio; y en lo segundo, mi equivocación fué sólo relati-

va, como se verá luego. Dije, pues, que pedí de comer, y pronto fui servido con abundancia de su típico yantar: una picante ensalada de chile, tomate y cebolla (chirmol), las inevitables tortillas de maíz, ralas y de tres pulgadas de diámetro, algunas de las cuales eran rellenas de queso y chile (chilaquila); y una abigarrada variedad de hierbas y yerbajos que encontré hasta dentro de los tamales y que sabían unas a quinina y otras a arcilla, sin hablar de ciertas flores y hasta de ciertas raíces como decir de güisquil (chayote), como dando la razón al dicho de que "lo que no mata engorda". Pero tal flora me hizo creer que el mal indio me estaba tomando el pelo, tanto más que de bebida me sirvió un líquido lechoso que llaman "shuco", de sabor igualmente desagradable; pero al fijarme en las mesas vecinas y ver que todos comían y bebían de eso mismo y sin dar nuestras del menor disgusto, antes bien devorando sus raciones y vaciando sus platos a conciencia, quedando después satisfechos y agradecidos, comprendí que esto no era ninguna tomadura de pelo, sino algo que aquí debía ser natural. No obstante, y pese a todo mi agudo deseo, apenas si puede limitarme a la parte comestible de aquélla, que era con mucho la menor parte, dejando el resto para engorde de los verdaderos héroes, y pidiendo por último un poco del mejor licor que hubiese, pues necesitaba de alguno para normalizar mi paladar y los demás sentidos que, a pesar de la selección, se me habían puesto desagradablemente resentidos, a más de contrariados. Pero estaba escrito que ni en esto debía ser venturoso, que a falta de mejor cosa me trajeron cerveza, la que no pude menos que tomarme aunque despacio y con desgana, en medio de las voces y los gritos de esta gente que no se comide ni para hablar ni para nada.

Pero, ¿qué se va a hacer, si no oírlos?, pues estamos en los días no de la confusión, sino de la Destrucción, gigantesca Feria de las Ruinas y las Perdiciones... Y si es cierto que dejarnos llevar por la corriente es a veces más favorable, que si lucháramos contra ella, porque en el primer caso nos ahorramos un esfuerzo que a más de ser inútil nos cansaría precoz y peligrosamente, tal receta es punto menos que imposible poner en práctica en una

corriente como ésta cuyas aguas no son cristalinas o como las de cualquier corriente, sino excepcionalmente inmundas como aguas de letrina.

No bien hube acabado de vaciar esa botella cuando el indio-dueño, que al parecer estaba pendiente de cada uno de mis actos al modo de las Parcas, se me acercó a decirme:

—¿No va a querer otra cosa, marchante?

—No, gracias.

—Un quetzal.

—¿Qué? ¿Me quiere decir que lo que le debo es un quetzal?

—Sí pues.

Para lo poco que había podido ingerir —seis tortillas sin relleno (eran las únicas de esta clase) y dos cucharadas de acelgas y perejil—, un quetzal resultaba fabuloso. Pero no era yo quien iba a discutir con él; y de mi ya extenuada billetera extraje el billete que me pedía, dándoselo y creyendo que, con eso, al menos podría seguir descansando allí por unos minutos más, que buena falta me hacía, pese a mi repugnancia de verme en aquel lugar, que, por lo demás, sería lo mismo adonde quiera que fuese. Mas el otro pensaba distinto en esto de dejarme descansar, como en todas las demás cosas, y me repuso, luego que recogió el dinero:

—Agora mi hace favor de desocuparme la mesa porque otros la quieren también.

Sí, ¿eh? ¡Oh témpora, o mores! ¿En dónde estarán los Hércules y los Teseos, los Hunahpús y los Ixbalanqués?...

Me levanté inmediatamente, convencido cada vez más del sello heroico de estos inacabables tiempos, del cual sello sin embargo comparto yo mismo al no haberle dicho ni hecho nada a tal mandinga con todo y las ganas que para ello me sobraban, sino que muy en silencio volví a levantar mis maletas y salí con ellas, mientras la marcha se me iba haciendo más difícil, no tanto por los frecuentes empujones y machucones que recibía y que no por venir de descalzos liliputienses molestaban menos, ni por el cuidado que hay que llevar al poner el pie, no va-

ya a pisar una de las muchas cáscaras que han dejado caídas, y tenga uno que dar el consiguiente planazo, cuanto porque las fuerzas —las morales más que las materiales— amenazan ya abandonarme.

No sé cómo volví a ver en el camino a la feliz manceba con sus cintas en moño a ambos lados de la cabeza. Pero la gracia que pudo antes haber tenido no podría decir adónde fué; y al decir esto no hago alusión a los lentes oscuros o eclipsadores que, por los desvelos o qué sé yo, llevaba ante los ojos, sino a su corazón que, siendo india como era, debía ser le Perséphones o de Proserpina, pese a su carita de Ceres, quien debía ser su madre. Noté, sí, que estaba descalza, como ya estan casi todos, y en los pies también mostraba ampollas y moretes producidos por la comprensión de los zapatos de los primeros días. Al levantar la cabeza me miró, y miró después a mis maletas, pero esta vez no se rió. ¿Qué habría pensado? Sus anteojos me impidieron adivinarlo. ¿Habría sentido lástima de mí, o vergüenza por lo que están haciendo conmigo? Pero esto sería suponer que tiene algo semejante a corazón, lo que me resisto a creer. De todos modos, yo seguí caminando sin mirar ni a los perros de de su infernal jauría, caminando en pos de un lugar donde poder hallar algún descanso.

Por fin conseguí llegar al parque Central. ¡Qué cansado estaba, y todavía estoy! ¡Cómo ya voy tomando la figura de estos indios, el aspecto de Casio, el semblante de los flacos y hambrientos!... Me senté en una banca que hallé más o menos desocupada, negándome a poner ni pizca de atención en esas malsonantes marimbas y su coro de macábricas bacantes. Por un rato me quedé con la cara entre las manos y los codos apoyados en mis maletas, esperando casi con la resignación del cordero del sacrificio. ¿Cuándo acabará todo esto Dios mío? ¿Cuándo iré a respirar otra vez el aire libre?... Ahora las preguntas se quedan sin respuesta, que ser juguete del Destino es la calamidad más grande: ¡Oh, si sirvieran de algo las lamentaciones!...

No supe en qué momento alcé la cabeza y miré en torno. Bien sabido es que la estancia en un parque, quié-

rase o no, equivale al mejor mirador y a veces también al mejor escuchador del mundo, máxime si se trata de un parque central, aunque en esta época su visibilidad para mí estaba más que limitada no sólo por mis sombríos pensamientos, densos como una pared, sino, además, por las miriadas de cuerpos óseos más que carnosos, los que, una vez sentado, me rodeaban por completo como frazadas en la cama, dejándome libre apenas la parte de arriba para ver siquiera la dirección que en su caída traían las varillas de cohetes y poder salvar el cuero cabelludo, o mirar, entre suspiros, el continuo pasar de los aviones que siguen evacuando a cientos de dichosos.

Empero, nunca era tan compacto el cerco formado por aquellos cuerpos que, como las ideas en los cerebros, tenían o tienen en eterno movimiento en todas direcciones que no dejara temporales claros en los que la vista podía ganar distancias. Y así fué cómo ví de pronto aparecerse un preocupado inglesito buscando detrás de las bancas, y hasta debajo de las marimbas, algo que supese había perdido, y que bien podía ser Belice a juzgar por la cara de aflicción que traía. ¿O sería el almuerzo que no había tenido?

Verme y acercárseme fué todo uno para preguntarme con un destello de esperanza en sus ojos:

—¡Por favor, caballero! ¿Vió usted pasar un indio con dos maletas? Usa calzones bordados y un algodón blanco encima.

—No, no he visto nada. ¿Qué ocurre? —le pregunté, aunque ya sospechaba toda la verdad.

—¡Oh! Era mi equipaje. —Y sus ojos se volvieron a ensombrecer—. Alquilé ese mozo para que me lo llevara adonde yo tuviera que ir, pero en la esquina echó a correr con ellas, creo que en esta dirección. Lo seguiré buscando. Good by!

Y se fué, metiendo sus conturbados ojos en todo hueco que se le presentaba, murmurando: "Where will be a policeman?" ¿Dónde habrá un policía? Que por la ausencia absoluta de éstos era como decir: "¿Dónde estará Sta. Claus?". Mas por esa misma ausencia sorprende el hecho de no sucederse mayores abusos, digo, sucederse con más

frecuencia, que mayores que los que se están viendo aquí no son posibles bajo el sol. Sin embargo, y para decir verdad, entre ellos mismos sí se respetan, no le hace su diferencia de trajes, conduciéndose siempre fraternalmente como buenos diablos, aunque a veces y al calor de la bebida sacan un nuevo diapasón felizmente de discordia, tirando al traste aquella hermandad y los trastes (marimbas) a la cabeza en forma tal que la Troya de mi ojo se vuelve juguete de niños, y haciéndonos descansar un poco del cencreo de aquéllas, las que, después de amarrados unos con otros los pedazos de ellas —que sus cabezas se curan solitas— resultando hasta más reducidas que antes, las hacen sonar otra vez, y aquí no ha pasado nada; desenlace un poco distinto, supongo yo, al que se tendría si las riñas ocurriesen entre aquellos encargados de las dinamitas... Pero volviendo al inglesito del cuento, ni que decir que lamenté su pérdida como si hubiese sido mía, llegando por otra parte al convencimiento de que lo suyo no me habrá de pasar a mí, aunque me arrecie el dolor de las espaldas...

A mi lado se había sentado una señora de aspecto humilde vestida como ladina, y aparentemente divirtiéndose con los espectáculos del día, a la cual se le acercó una patoja india medio angustiada, a preguntarle:

—Doña María: ¿no vió usted al muchachito? ¡Se me ha perdido!

—¿Y cómo te descuidaste?

—Pues sí.

—Y ahora ¿cómo vas a hallarle entre esta maravilla de gente?

—Pues sí. Voy a seguirlo buscando.

Y se alejó gritando:

—¿Luisito?... ¿Luisito?...

¡Pobre Luisito!, pero temo que nunca aparezca, si es ladino, a no ser en la panza de algún Fauno. En esta Feria se pierde todo, y todo está perdido. Consummatum est.

A mi derecha dos indios conversan:

—Vê, Juan: ¿cuántos hijos has tenido?

—Yo, por la gracia de Dios, no he tenido ninguno. La mujer que vive conmigo, sí: ha tenido tres...

Por encima de tanta alharaca se percibió de pronto un ruido de motor de irregular funcionamiento, y que se aproximaba lentamente. Debía ser, pues, un automóvil; pero ¿quién podía en tamañas circunstancias salir a la calle con tales vehículos? Para averiguarlo me paré sobre la banca, tratando de identificar la clase a la que pertenecía el piloto, mientras procuraba no quitarle el ojo de encima a mis queridas maletas que había dejado en el suelo, exactamente como había visto hacer a los achimeros con sus mercancías; pues ya aprendí que en la jungla, el que no anda armado debe andar precavido. Mirando pues, ví que, en efecto, era un carro el que pasaba al frente, pero con marcha de ebrio, pues tornaba alternativamente de una a otra cuneta, lo cual hacía no por evitar a la idiota indiada que con sobrada anticipación le abría calle entre gritos que más parecían de enojo que de júbilo por la interrupción que sufrían en sus danzas; sino por la impericia del piloto, que era un señor indio —señor por la ametralladora que llevaba— con uniforme militar. Y más atrás venía otro, zigzagueando de igual manera y conducido por un “hermano” del anterior. ¿Vendrían borrachos? ¿O es que de veras no saben manejar y se están entrenando en plena urbe? Nada de extraño sería esto, que aquí ya no hay nada que sorprenda; y, en efecto, mi vecino, el padre de los tres hijos, confirmó esta hipótesis:

—¡Vé, vos, vení corriendo! —se dirigía a su compañero, instándole a subirse también a la banca—. ¡Asomáte! Mira que nuestro Ejército ya va en camino de ponerse otra vez sobre ruedas. ¿Tás viendo?

—Sí. ¿Y cómo hicieron?

—¡Ah, que somos más grandes que los ladinos! Ellos creyeron que no íbamos a poder. Fijáte que los militares “compraron” (el subrayado es mío) “compraron” aquellos carros que por falta de combustible no pudieron llevarse sus avarientos dueños; y ahora sus novatos conductores por la necesidad que tienen, los echan a caminar sin esperarse a aprender cómo pararlos, como echábamos a